

Fecha 05.11.2008	Sección Al frente	Página 3
---------------------	----------------------	-------------



La inutilidad de la guerra sucia

La victoria de Obama desmonta uno de los mitos más extendidos en el paquete de taras de la democracia mexicana: el de la guerra sucia en la propaganda electoral.

Quien tuvo oportunidad de asomarse a la televisión estadounidense (supongo que más de un político mexicano lo hizo), se habrá percatado de cómo pueden ser las campañas en una democracia en tiempos de zozobra y encono.

Desde que John McCain asumió la candidatura republicana en septiembre, no cesó de tundir a Obama. Invertió millones de dólares para acusarlo de radical que subirá los impuestos y de inexperto que no sabrá “defender a la nación en caso de crisis”. Le zumbó linduras como esta: “En su corta carrera, Obama no entiende nuestros retos de seguridad nacional; no tenemos tiempo para entrenar becarios”. Lo acusó de ser un peligroso islamista. Merodeó por su árbol genealógico. Lo despreció

así: “Obama ya está midiendo las cortinas de la Casa Blanca, pensando en incrementar el gasto y aceptar nuestra derrota en Irak”.

Y mientras McCain practicaba la propaganda negativa, Obama subía. Quedará para el registro que, en esos mismos días, la autoridad electoral mexicana sancionaba a tres partidos por no haber vociferado en contra de los *spots* de una asociación empresarial que presuntamente los favorecieron en 2006! ¿Y qué decían los *spots*? Que un candidato era un peligro para México y que un niño humilde temía que su padre perdiera el patrimonio si arribaba al poder un difuso proyecto populista.

Por citar a un clásico, la guerra sucia no le quitó una pluma al gallo de Obama. Al contrario. Pero es que hay candidatos y políticos y autoridades de una democracia de primera, y hay otros que se sienten más cómodos con censuras de república bananera. ■■

gomezleyva@milenio.com

